



7. La realidad de un Dios que se revela: presupuesto indispensable de toda hermenéutica bíblica

Karl Boskamp

Introducción

La lectura de la Biblia ha sido y es una tarea que plantea numerosos desafíos. Al analizar la historia de la interpretación de las Escrituras, hemos de notar sus vaivenes y desavenencias. Diferentes caminos y tendencias se fueron sucediendo unos tras otros. Al resumir *grosso modo* siglos de historia, podemos ver a la hermenéutica yendo de la alegoría a la escolástica. Luego, en días de la reforma protestante, se producirá una vuelta a la Biblia (y *sola Scriptura*), analizada por medio del método histórico-gramatical. Pero el fuerte impulso de la ilustración, la crítica kantiana de la razón pura y el positivismo conducirán a la separación entre la teología (considerada una filosofía cristiana) y los estudios bíblicos (devenidos en historia de las religiones).¹

Por medio del método histórico-crítico se buscó encontrar la sustancia original del evangelio en las formas más primitivas dentro del texto, dejando de lado el mito, el dogma, el rito y la ley, concebidos como desarrollos posteriores y disonantes. Es así como se prefiere a ciertos profetas (los considerados anteriores y fundadores de un monoteísmo ético) antes que al Pentateuco (considerado posterior y de algún modo corrompido). A este último, para que tenga algo de valor, hay que someterlo a una intensa cirugía, extirpando y diseccionando los tumores del rito y la ley (asociados con castas sacerdotales ansiosas de poder), para encontrar leves vestigios de tradiciones antiguas, genuinas y originales sobre las cuales reconstruir la religión del presente. En el Nuevo Testamento se sigue un

¹ Como hito de esa separación, se suele señalar el famoso discurso inaugural de Johann Philipp Gabler, “*De justo discrimine theologiae biblicae et dogmaticae regundisque recte utriusque finibus* [La adecuada distinción entre Teología Bíblica y Teología Dogmática y los objetivos específicos de cada una]” (discurso inaugural, Universidad Altdorf, 30 de marzo de 1787).



camino similar, buscando al Jesús histórico (diferente del Jesús de la fe) y a la sustancia de su evangelio (básicamente por el registro de sus dichos, y aquellos más simples, carentes de complejidad teológica, la cual sería evidencia de un desarrollo posterior).² En todo este debate, la historia es entendida como un círculo cerrado de causa-efecto en el que Dios no puede intervenir. Dios era más una idea que un ser, incapaz de entrar en el plano natural de los hombres. No es Dios quien se da a conocer a los hombres, sino que es el hombre quien reflexiona sobre Dios.

Sin embargo, y a pesar de su pretendida “objetividad” y rigor “científico”, el método histórico-crítico entró en crisis. Sus conclusiones se ramificaron en un sinfín de parches incapaces de tapar la subjetividad y la tendenciosidad. Por otra parte, en cuanto a la praxis de la fe, era también incapaz de alimentar al pueblo de creyentes. Fue así como, principalmente a partir de los años setenta, un gran desencanto con el método histórico-crítico invadió los círculos académicos. En medio de esta crisis, la cuestión histórica era todo un problema, por lo cual los académicos movieron el foco de lo histórico (*history*) a lo literario (*story*). Lo importante era, ahora, ya no las formas más primitivas del texto, sino el texto en su forma final. La Biblia ya no era un testimonio histórico, sino una rica pieza de literatura antigua y comprenderla como tal fue la meta principal. Sin embargo, los presupuestos filosóficos seguían siendo en parte los mismos, y Dios seguía sin poder saltar a la realidad de los hombres y salir del rol de historieta que ahora le era asignado.³

² Uno de los principales emprendedores de esta labor fue Rudolf Bultmann. Cf. *Jesús: la desmitologización del Nuevo Testamento* (Buenos Aires: SUR, 1968); *Ibid.*, *Theologie des Neuen Testaments* (Tübingen: Mohr, 1980); *Ibid.*, *The History of the Synoptic Tradition* (New York: Harper & Row, 1963).

³ Al respecto, Raúl Kerbs, “La crítica del Pentateuco y sus presuposiciones filosóficas”. En *Inicios, paradigmas y fundamentos: estudios teológicos en el pentateuco. Serie Monográfica de Estudios Bíblicos y Teológicos*, ed. por Gerald A. Klingbeil, (Libertador San Martín, ER: Editorial Universidad Adventista del Plata, 2005), 37, declara: “Aunque la nueva crítica literaria destaca el papel del relato bíblico en la vida de la sociedad y de los individuos, al limitar la referencia del texto bíblico al ámbito de la existencia humana, lo priva de poder comunicar una revelación sobrenatural objetiva, verdadera y válida acerca de Dios, de la realidad en total, del origen del mundo, de la historia y del futuro”.

Pero también, como reacción al enfoque reduccionista del método histórico-crítico y ante la evidente brecha que se produjo entre los estudios bíblicos por un lado y los estudios teológicos por el otro, varios comenzaron a apelar por el carácter teológico que posee la exégesis bíblica.⁴ De algún u otro modo, este clamor reconoce que hay que devolverle nuevamente la Palabra a Dios.

Coherencia con el objeto de estudio

Todo estudio debe comenzar primero por un intento de comprender la naturaleza del objeto de estudio. En palabras de Ignacio Carbajosa, “el método de acercamiento a un objeto viene impuesto por el mismo objeto”.⁵ Esta cuestión nos lleva a la inevitable aceptación de la naturaleza de la Biblia que ella misma reclama: es Palabra de Dios en palabras humanas.

Por cuanto Dios se ha revelado en la esfera humana por medio de instrumentos humanos y usando lenguaje y formas humanas, es innegable que la revelación posee un elemento humano e histórico. Y, por tanto, podemos (y debemos) acercarnos a la Biblia por medio de disciplinas que nos permitan comprenderla mejor (historiografía, lingüística, estudios literarios y discursivos, sociología, arqueología, etc.).⁶

Esto se desprende sencillamente de comprender el principio de la encarnación, lo cual ha sido un elemento de la revelación escrita ampliamente reconocido.⁷ Sin embargo, el foco se ha puesto principalmente en la parte humana de la revelación, y en la praxis ha sido tan sobreemfatizado que Dios ha terminado quedando fuera de su propia Palabra.

⁴ Cf. a modo de ejemplo el clamor de Brevard Childs, “Interpretation in Faith: The Theological Responsibility of an OT Commentary”, *Interpretation*, no 18 (1964): 432-449; *Biblical Theology in Crisis* (Philadelphia, PA: Westminster, 1970) y en *Teología bíblica del Antiguo y del Nuevo Testamento. Reflexión teológica sobre la Biblia cristiana* (Salamanca: Sígueme, 2011), 10. También esto ha sido demandado en el contexto de la teología católica en *Dei Verbum*.

⁵ Ignacio Carbajosa, *De la fe nace la exégesis: la interpretación de la Escritura a la luz de la historia de la investigación sobre el Antiguo Testamento* (Estella, Navarra: Verbo Divino, 2011), 144.

⁶ Pero esto no implica reconocer que el método histórico-crítico sea el método adecuado para estudiar esa faceta humana de la revelación.

⁷ Juan Alberto Casas Ramírez, “La contingencia de la Palabra de Dios, presupuesto necesario de la hermenéutica bíblica”, *Veritas* 27, septiembre 2012, 147-150.

Aunque el referente histórico nos sea más accesible como objeto de estudio, puesto que contamos con evidencia material y una serie de herramientas elaboradas para su interpretación, el referente sobrenatural se nos escabulle de las manos, sin ser capaces de evaluarlo. Por ejemplo, sobre determinado milagro registrado en la Biblia, podremos evaluar el testimonio que han dejado los hagiógrafos analizando el registro y la forma literaria que le han dado; no obstante, jamás podremos estudiar el milagro en sí, por cuanto no disponemos de él y somos incapaces de reproducirlo. Considerando a Cristo, podremos buscar rastros de su existencia histórica y de su muerte, pero solo podremos acercarnos a la resurrección y al reconocimiento de su naturaleza divina por medio del testimonio apostólico, sin tener la menor posibilidad de confirmarlo por medio de ninguna disciplina humana. Dada esta circunstancia, la mentalidad científica y “racional” optará por rechazar el testimonio, tachándolo como improbable o inexistente, buscándole un origen mítico o folklórico. Sin embargo, esta decisión tomada *a priori* se basa sobre presupuestos que son ajenos a los presupuestos que nos demanda el propio objeto de estudio, el cual reconoce una esfera sobrenatural que efectivamente se relaciona con la esfera humana y natural. Nuestra incapacidad de explicar ese elemento sobrenatural es sencillamente eso, incapacidad de explicar dicho elemento.

Es claro que detrás de la historiografía como ciencia, y por ende de la exégesis, hay presuposiciones pertenecientes a la modernidad que condicionan seriamente las conclusiones alcanzadas.⁸ Un presupuesto básico de la Ilustración “es que la fe es un elemento perturbador del conocimiento objetivo”.⁹ Ahora bien, como hace notar Carbajosa, “paradójicamente el estudio de la Escritura, ‘liberado’ del dogma cristiano —o judío—, ha construido sobre otros presupuestos filosóficos que, de hecho, han

⁸ “El debate en torno a la exégesis moderna es, pues, en su núcleo central, no un debate entre historiadores, sino un debate filosófico”. Joseph Ratzinger, “La Interpretación Bíblica en conflicto: problemas del fundamento y orientación de la exégesis hoy”. En *Escritura e interpretación: los fundamentos de la interpretación bíblica*, ed. por Luis Sánchez Navarro y Carlos Granados (Madrid: Palabra, 2003), 19-54.

⁹ Carbajosa, *De la fe nace la exégesis*, 146.

condicionado claramente [...] los resultados de la exégesis”.¹⁰ Es, por tanto, un mero “trasvase de presupuestos”.¹¹

Entonces, el problema no está en despreciar el estudio histórico, sino más bien en aceptar que determinada aproximación metodológica a la historia, con sus diversas y peculiares ideologías de moda como presupuestos, sea capaz de proveernos una definitiva realidad histórica que supere a la presentada por el propio objeto de estudio. Tal aceptación sería una falacia y una trágica contradicción.

El elemento sobrenatural de la revelación solo puede considerarse y aceptarse desde la perspectiva de la fe. Por esa razón, la fe es un elemento indispensable para la hermenéutica bíblica, puesto que es la misma Biblia quien clama por ella.¹²

En los círculos católicos, se ha sabido dar cuenta de este problema y se ha invitado a considerar la fe como punto clave para la interpretación, a la vez que ha señalado el carácter teológico de la exégesis y ha procurado actualizar el mensaje bíblico.¹³ Sin embargo, en su cosmovisión, se hace indispensable el valor de la tradición y la autoridad de la Iglesia en materia de interpretación.¹⁴ Es que Palabra de Dios es para ellos Escritura y tradición¹⁵ y, además, las Escrituras no son la Palabra de Dios, sino que sencillamente la contienen.¹⁶ Sin embargo, el intérprete “es desafiado a aceptar

¹⁰ Ibíd.

¹¹ Ibíd. Sobre la cuestión de los presupuestos filosóficos detrás del método histórico-crítico, cf. Kerbs, “La crítica del Pentateuco y sus presuposiciones filosóficas”, 3-43.

¹² Cf. Carbajosa, *De la fe nace la exégesis*, 146-172.

¹³ Ibíd.

¹⁴ En palabras de Joseph Ratzinger, “leer la Escritura como una unidad significa leerla a partir de la iglesia como su lugar vital, y considerar la fe de la iglesia como la verdadera clave de interpretación. Por un lado, esto significa que la tradición no cierra el acceso a la Escritura: más bien lo abre; por otra parte, significa que corresponde a la Iglesia, en sus organismos institucionales, la palabra decisiva en la interpretación de la Escritura”. “La Interpretación Bíblica en conflicto”, 25.

¹⁵ “Esta palabra de Dios, dirigida una vez para siempre, perdura a través de los siglos, siempre viva y actual, en la Tradición y la Escritura”. René Latourelle, *Teología de la revelación* (Salamanca: Sígueme, 1979), 354.

¹⁶ Carbajosa, *De la fe nace la exégesis*, 140.

la perspectiva bíblica como suya”.¹⁷ De esta manera, se hace necesaria una reflexión que considere a la Biblia como la Palabra de Dios, entendida a partir de los principios de *sola Scriptura* y *tota Scriptura*.

Un Dios que se revela

El hecho de que Dios habló es una verdad, reafirmada una y otra vez a lo largo de toda la Biblia. Y esto lo hizo muchas veces y de muchas maneras (Hb 1,1). El Señor, “como un Dios viviente, es un Dios personal que habla y actúa”.¹⁸ La Palabra ha sido el medio más seguro que ha encontrado Dios para comunicarse con el hombre. La revelación por medio de su Palabra es comúnmente llamada la *revelación especial* de Dios. Una característica de esta revelación es que fue “dada”, no es algo que los seres humanos, por sí mismos, pueden reconocer.¹⁹ Sin la revelación de Dios, este se encuentra imposibilitado para conocerle, puesto que, como afirma Faulkes, “sólo Dios mismo puede revelarnos los misterios de su ser y de sus obras [...]”. Por lo tanto es menester que Dios tome la iniciativa en su diálogo con el hombre.²⁰ Y de hecho, “él ha escogido revelarse o descubrirse”.²¹ De modo contrario, “si Dios no hubiera tomado la iniciativa en hacerse conocer a nosotros, habríamos permanecido en oscuridad y sin esperanza”.²² Por esta razón, para Ramm, desde la perspectiva de la teoría religiosa del conocimiento, la revelación especial es la doctrina más importante de la fe cristiana, puesto que si no hubiera revelación, no habría posibilidad de conocer a Dios.²³ La Palabra de Dios no tiene su ori-

¹⁷ Ángel Manuel Rodríguez, “Hermenéutica contemporánea: cuestiones y problemas”. En *Entender la Palabra: interpretación adventista para el nuevo siglo*. Segundo Simposio Bíblico-Teológico Sudamericano, ed. por Merling Alomía, Gerald Klingbeil, Martin Klingbeil y Jorge Torreblanca (Cochabamba: Editorial UAB, 2000), 3-17.

¹⁸ Frank M. Hasel, “Presuposiciones en la interpretación de las Sagradas Escrituras”. En *Entender las Sagradas Escrituras*, ed. por George W. Reid, 33-57 (Florida Oeste, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010), 35.

¹⁹ Gerhard Pfandl, *El don de profecía: el lugar de Elena de White en la iglesia remanente de Dios* (Florida Oeste, BA: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), 15.

²⁰ Citado en Jorge Torreblanca, “Profetas, textos y relecturas”, *Enfoques* 15, n.º 2 (2003): 127.

²¹ Citado en Torreblanca, “Profetas, textos y relecturas”: 127.

²² Pfandl, *El don de profecía*, 13.

²³ Bernard Ramm, *La revelación especial y la Palabra de Dios* (Buenos Aires: La Aurora, 1967), 17.

gen en las ideas o experiencias humanas, sino en Dios. El hombre no crea la palabra de Dios por medio de su experiencia, sino que Dios provee su Palabra para que participe de la experiencia humana.

Esta aceptación de la realidad de la revelación es una singularidad histórica incapaz de ser reconocida por el principio de analogía que supone solo una continuidad histórica. Sin embargo, y rescatando la reflexión de Carbajosa,

... aplicar el principio de analogía teniendo como trasfondo (consciente o inconsciente) una filosofía positivista o un antropocentrismo exacerbado conduce a una grave miopía en el campo histórico. Es ingenuo (tal vez habría que decir *irracional*) pretender que mi experiencia presente (entendida normalmente como experiencia sensible) cubra todo el campo de lo posible.²⁴

En todo este debate, con claras raíces filosóficas, está en juego la concepción de la naturaleza de Dios y de la historia misma. Ante tal debate, hay que elegir y tomar una postura. Pero si el objeto de estudio es la Biblia, se deberá aceptar lo que ella estipule. Kerbs afirma:

Entre el Dios sin historia del modelo griego-medieval y la historia sin Dios del modelo moderno aparece el Dios trascendente —pero activo y comprometido con la historia— según el modelo bíblico. La historia es una presuposición del modelo bíblico, pero es una historia donde interviene Dios. De esta historia no puede dar cuenta el método histórico-crítico, porque presupone la concepción moderna, a-tea, de la historia.²⁵

Todo lo antes mencionado construye un presupuesto esencial: el Dios trascendente interviene en la historia. Esta presuposición del modelo bíblico contradice la concepción tradicional que concibe a la historia como un círculo cerrado de causa-efecto en el cual Dios no interviene. En la Biblia se puede percibir lo siguiente: “El ser de Dios se revela en su aparición en la historia junto con el hombre y el pueblo. No hay en la Biblia una revelación del ser de Dios separada de su presencia histórica y temporal en la creación”.²⁶

²⁴ Carbajosa, *De la fe nace la exégesis*, 165.

²⁵ Kerbs, “La crítica del Pentateuco y sus presuposiciones filosóficas”, 42.

²⁶ Raúl Kerbs, *El problema de la identidad bíblica del cristianismo. Las presuposiciones filosóficas de la teología cristiana: desde los presocráticos al protestantismo* (Libertador San Martín, ER:

Apreciaciones finales

La interpretación de la Biblia hoy se encuentra siguiendo un camino que posee múltiples bifurcaciones y que evita anunciar su claro destino. Acercarnos hoy a la Biblia como Palabra de Dios presupone indiscutiblemente aceptar la existencia de Dios y su presencia histórica y temporal por medio de la revelación. Por ello, se hace necesaria una “exégesis bíblica creyente”.²⁷ Dicha exégesis deberá construir su metodología sobre los presupuestos que la propia Escritura provea, y esto constituye aún una tarea pendiente.

Karl Boskamp
Facultad de Teología
Universidad Adventista del Plata
Entre Ríos, Argentina
karl.boskamp@uap.edu.ar

Recibido: 29 de julio de 2020

Aceptado: 1 de diciembre de 2020

Editorial UAP, 2014), 220.

²⁷ Casas Ramírez, “La *contingencia* de la Palabra de Dios, presupuesto *necesario* de la hermenéutica bíblica”, 151.